

Hombres corrientes e historia social: ¿una nueva ortodoxia?

Hernández Nuñez, Yepsaly

[yepsalyh@hotmail.com]

Doctorada en Historia (UCV). Investigadora adscrita a la División de Investigación Histórica. Dirección General de Archivos y Bibliotecas del Ministerio de Relaciones Exteriores de Venezuela.

Resumen

Los movimientos historiográficos de la segunda mitad del siglo XX han tenido como característica fundamental la inclusión de actores históricos “no tradicionales”, entendiendo por tales, aquellos sujetos que no ocuparon espacios de poder en las esferas política y económica. Una vez culminada la Segunda Guerra Mundial, los historiadores se replantearon las perspectivas y los enfoques de reconstrucción de los procesos históricos. Reflexionaremos sobre este fenómeno, reconociendo sus contribuciones fundamentales: la creación de un nuevo género historiográfico, la historia social y la ampliación y profundización del conocimiento de la vida cotidiana de las sociedades desde la mirada de los “hombres corrientes”. Pero también, advertiremos sobre uno de los peligros que podría suponer para la disciplina histórica la exclusión de la historia política y de sus protagonistas.

Palabras clave: Historiografía. Historia social. Historia “desde abajo”.

Abstract

Common man and social history: a new orthodoxy?

Historiographic movements during the second half of the twentieth century witnessed the emergence of “non-traditional” historic agents. By that, we refer to people who had no prominent positions within political and economical circles. After Second World War, the perspectives and approaches to reconstruct historical processes were reconsidered by historians. We will reflect on this phenomenon recognizing its main contributions: the creation of a new historiographic discipline, social history, and a wider and deeper understanding of day-to-day life from the point of view of the “common man”. Moreover, we will focus our analysis on the risks that the exclusion of political history and its historic agents could entail to history as a discipline.

Key words: Historiography. Social History. History from the Bottom Up.

Introducción

La historia desde abajo, categoría fundamental de la historia social, surge como resultado de un vigoroso espíritu revisionista de los cultivadores de la disciplina histórica, que cuestiona los criterios de significación de la realidad histórica en la segunda mitad del siglo XX, especialmente en Europa. En tal sentido, se redefinen los sujetos/objetos de estudio y se incluyen a los hombres corrientes, a las masas en sus naturales campos de actuación, los escenarios de la vida cotidiana. Paralelamente, se privilegia el planteamiento de problemas en detrimento de la descripción de acontecimientos. En el presente ensayo se analizarán las razones que favorecieron el surgimiento de la historia “desde abajo”, en este caso, las masas, desde tres ejes reflexivos: las motivaciones que propiciaron su aparición, la redefinición de los contenidos “significativos” de la realidad histórica y los problemas metodológicos que supuso plantearse la elaboración de conocimiento histórico de abajo hacia arriba.

Los movimientos historiográficos constituyen el reflejo de las preocupaciones de los historiadores en el tiempo presente. No obstante, las lecturas e interpretaciones del pasado dependen también de la aptitud del estudioso para aprehender los contenidos desde los cuales se expresa la conciencia histórica de los actores históricos, objetos de estudio. Los movimientos historiográficos constituyen la síntesis de las necesidades comprensivas del estudioso y las diversas interpretaciones de la realidad que viven los actores históricos en su propio tiempo.

La *historia “desde abajo”* nace como una forma de distanciamiento de la historia historizante -estudio de acontecimientos particulares a través de la consulta de las fuentes escritas- y en este esfuerzo emergen nuevos problemas teóricos y metodológicos que amplían los horizontes reflexivos de los estudiosos del pasado sobre la definición de su oficio y cómo ejercerlo.

I. La noción “historia desde abajo”. Sus motivaciones.

Los antiguos dieron a Minerva la lechuza, el pájaro con los ojos deslumbrados (...) todo en el mundo es extraño y es maravilloso para unas pupilas bien abiertas
Ortega y Gasset¹

Las motivaciones que favorecieron el surgimiento de la noción “*historia desde abajo*” pueden ser analizadas desde dos puntos de vista, aquellas que emanan del contexto histórico europeo del período de la postguerra, y aquellas que nacen del cuestionamiento de las formas de interpretación del pasado heredadas del siglo XIX y de principios del siglo XX.

El término de la Segunda Guerra Mundial supuso un reacomodo de la dinámica regional, nacional -de los países europeos- y del resto del mundo en cada uno de sus escenarios, político, cultural, social y económico: Europa vio disminuida su cuota de influencia política, dando paso a la aparición de una dinámica bipolar liderada por los Estados Unidos y la Unión Soviética; el republicanismo sustituyó a algunos regímenes monárquicos²; el comunismo se extendió principalmente por la Europa Oriental en contraposición a las democracias occidentales y finalmente, el capitalismo se expandió de tal forma que en poco tiempo llegó a convertirse en el coloso de la segunda mitad del

siglo pasado. En este contexto, las masas/ las colectividades -y probablemente, de un modo u otro, los miembros de los sectores dominantes- estaban ávidos de explicaciones que justificaran la no concreción de las expectativas -que en su momento justificaron las acciones bélicas- de futuro optimista profetizadas por las clases dominantes durante el período de preguerra.

En un intento por caracterizar este panorama -período posterior a la primera guerra mundial-, Ortega y Gasset afirmó en una oportunidad lo siguiente: ““hay, sobre todo, épocas en que la realidad humana, siempre móvil, se acelera, se embala en velocidades vertiginosas. Nuestra época es de esta clase porque es de descensos y caídas””³ Las perspectivas desde las cuales los historiadores abordaban el pasado no se mostraban competentes para explicar el desarrollo de los acontecimientos y procesos que definían el nuevo orden mundial: “el despliegue industrializador y las transformaciones profundas en el desarrollo capitalista generaron agudos conflictos de clases que exigían otros instrumentos de análisis”⁴. El nuevo orden mundial y la dinámica interior de los países occidentales no podían ser comprendidos desde las premisas de la historiografía tradicional que tenía como objetos de estudio a los reyes, a los dirigentes políticos y no a las masas, que siempre habían sido consideradas como un factor de perturbación del “natural” o “normal” desenvolvimiento de las sociedades que integraban.⁵

El derrumbe de las certezas que otrora presagiaban un destino diferente al legado por la postguerra supuso además, la revisión de nociones tales como sociedad, colectividad, individuo, justicia, revolución, progreso, verdad objetiva, entre otras⁶. El quiebre de la identidad disciplinar de la historia era inminente y con él, el cuestionamiento de la exclusividad de las temáticas políticas, militares, bélicas y de la exaltación de acciones individuales -fundamentalmente ejecutadas por miembros de las clases dominantes-. Los historiadores debieron ofrecer explicaciones en torno al reacomodo de las dinámicas internacionales, nacionales y regionales del período de la postguerra y para ello, debieron repensar los fundamentos de la disciplina histórica. Desde entonces, las colectividades se perfilan como objetos de estudio propios de los historiadores interesados en ahondar en la vida cotidiana de las sociedades pretéritas. El resquebrajamiento de la vieja tradición historiográfica inicia su consumación: cambian los “tipos” de sujetos historiados, la naturaleza de los problemas planteados y se exploran fuentes antes ignoradas. De este modo, se expande el horizonte interpretativo y comprensivo del estudioso.

A principios del siglo XX se privilegiaba el estudio de los acontecimientos políticos y militares que daban cuenta de la dinámica de las relaciones internacionales entre Estados. Los métodos eran individualizadores – hermenéuticos en oposición a las generalizaciones propias de las ciencias sociales y se obviaba la perspectiva socioeconómica en las reconstrucciones históricas. En definitiva, se escribía una historia política al servicio de los poderes legitimados, que rechazaba la teoría y que tenía a la narrativa como hilo conductor⁷. El descrédito/ cuestionamiento de la noción de progreso y la redefinición del papel de las colectividades en la estructuración y desarrollo de los acontecimientos y procesos históricos que se desencadenaron durante el período de la postguerra impulsó a los historiadores a replantearse sus enfoques interpretativos. Dos interrogantes resumen algunas de sus preocupaciones esenciales: ¿cómo explicar el

papel de las masas en la configuración de la realidad presente?; ¿cómo insertar a las masas en un discurso histórico que hasta entonces sólo se había ocupado de los “grandes hombres”?

Los movimientos historiográficos del período de la postguerra nacen de la necesidad de derribar tres ídolos, el político, el individual y el cronológico⁸. El derrumbe de esta trilogía implicó la reformulación teórica, epistemológica y metodológica de la historia como disciplina. Este espíritu revisionista se fue gestando desde comienzos del siglo XX, cuando los historiadores se percatan del agotamiento de los viejos métodos de erudición histórica heredados del siglo XIX con pretensiones de objetividad científica que enmascaraban la función real de la historia, servir a la educación de las clases dominantes y producir una visión de la historia nacional que se pudiera difundir al conjunto de la población a través de la escuela⁹.

El oficio del historiador es replanteado a partir de tres directrices: a) teórica: incorporación de nuevos sujetos en la reconstrucción del pasado; b) epistemológica: los criterios de significación aplicados a la realidad histórica procuran trascender la esfera de los individuos y del escenario político y c) metodológica: relectura de las fuentes conocidas e incorporación de fuentes no tradicionales y acercamiento a otras disciplinas sociales. El conocimiento histórico comienza a erigirse desde nuevas premisas: rechazo a la noción de objetividad científica y a la pretensión de reproducir el pasado “tal como ocurrió”; flexibilización de la noción de verdad y aparición de criterios de fundamentación histórica basados en argumentaciones; evaluación crítica de las posibles repercusiones del discurso histórico en la lectura del pasado y el presente. Cada uno de los ítems antes expuestos redundó en el planteamiento de una renovada interpretación y comprensión del pasado más allá de la descripción de acontecimientos particulares protagonizados por entidades individualidades “relevantes”. Hasta entonces, ““las masas, las clases sociales, la cultura popular no tenían interés histórico. Sólo el reino de las elites, de aquellos que tomaban decisiones, formulaban y ejecutaban la política, constituía un asunto legítimo de estudio””¹⁰.

En este contexto, los historiadores se debaten entre dos “peticiones”. Sin duda, “los políticos necesitaban que se escribiese un tipo de “historia nacional” que justificase sus planteamientos y reivindicaciones: algo que resultaba de especial importancia en Europa que, después de la primera guerra mundial, había visto grandes cambios de fronteras que habrían de ir acompañados por el reforzamiento de las conciencias de las nuevas naciones. También necesitaban, por otro lado, que se redactaran libros de textos que ayudasen a enseñar en la escuela los valores sociales preconizados por las clases dirigentes”¹¹.

No obstante, los individuos pertenecientes a las masas requerían explicaciones en torno a las “predestinaciones optimistas” no materializadas. La relación de los miembros de las masas con el poder es distinta a los que pertenecen a las clases dominantes. La postguerra legó a las masas el progresivo rechazo a la opresión y al sometimiento por parte de las clases dominantes que otrora se habían autoproclamado como responsables del destino de estos, dada su incapacidad para tomar decisiones.

Hemos tomado el concepto de masas -en el contexto de las consecuencias de la postguerra- expuesto por Ortega y Gasset en su obra *“La rebelión de las masas”* porque su concepción de la misma trasciende el plano político e incluye la esfera cultural y social. Este pensador sostiene que una de las consecuencias fundamentales del período de la postguerra fue el advenimiento de las masas al poderío social, situación que contribuyó a derrumbar una de las certezas del período de preguerra: las masas, por definición, son incapaces de dirigir su propia existencia y menos aún, las de la sociedad. De este modo queda evidenciado el hecho de que “Europa sufre (...) la más grave crisis que a pueblos naciones, culturas, cabe padecer”¹².

Ante un panorama semejante, el desengaño de las masas y de los mismos historiadores como reconstructores e intérpretes de una realidad parcialmente contada y comprendida llegó pronto. La historia de las clases dominantes -reyes, ministros y generales- no era el camino idóneo para entender las circunstancias que caracterizaban los nuevos tiempos. Uno de los caminos ensayados en este sentido fue la elaboración de una historia económica y social que se ocupase de aquello que afectaba las vidas de todos¹³. Muestra de ello es el surgimiento de la Escuela de los Annales en el año 1929, ocupada de indagar el comportamiento de las sociedades desde las perspectivas económica y social.

En tiempos anteriores a la postguerra, los historiadores se dedicaban a debatir sobre la cientificidad de la historia, estaban convencidos de su capacidad para descubrir las leyes o regularidades que determinaban el comportamiento de las sociedades humanas. No obstante, pronto se hizo cada vez más urgente tomar distancia de la tradición positivista¹⁴ y de las pretensiones de conocer, descubrir o formular las leyes que determinaban el curso de la historia humana. Uno de los problemas a resolver era hallar caminos propicios para comprender la dinámica de las sociedades más allá de la esfera política. Algunas de las dificultades que debieron asumir los historiadores a este respecto fue reconocer que en toda narración, bien sea del presente o del pasado hay puntos de vista y por ello, las interpretaciones o lecturas del pasado pueden y deben ser diversas. No es casual, que los historiadores se hayan visto obligados a aproximarse a las ciencias sociales.

A partir de entonces, el conocimiento histórico va construyéndose sobre nuevas premisas: a) la certidumbre de las afirmaciones no se halla en la originalidad del documento o en la posibilidad de establecer analogías entre estos; b) la naturaleza del conocimiento histórico es una verosimilitud que no resulta razonable poner en duda¹⁵; c) el conocimiento histórico se define por su interés en establecer relaciones entre los individuos que integran las sociedades y las condiciones materiales y no materiales de su existencia, pero sin la pretensión de establecer regularidades en torno al comportamiento de las sociedades¹⁶; d) la realidad histórica no puede tipificarse del mismo modo que pueden hacerlo los cultivadores de las ciencias naturales con sus objetos de estudio¹⁷. El cuestionamiento de la idea de progreso¹⁸ -entendida como la trayectoria “positiva” que la humanidad está predestinada a seguir- es evidente en la segunda mitad del siglo XX, las consecuencias inmediatas del período de postguerra acabaron con este sueño prometido.

Uno de los principales retos de la historia social ha sido estudiar los movimientos sociales sin dejar de considerar los distintos ámbitos de las actividades humanas en los que están insertos diversidad de grupos humanos, pertenezcan estos a las masas o no.¹⁹

II.- La historia social²⁰ y la noción “historia desde abajo”

“...los miembros de las clases inferiores fueron agentes cuyas acciones afectaron al mundo (a veces limitado) en que vivieron”.
Jim Sharpe²¹

Los movimientos historiográficos de la segunda mitad del siglo XX tienen como característica fundamental el replanteamiento de los objetos de estudio y la renovación de las interpretaciones sobre el comportamiento de los grupos humanos. Los hombres corrientes, las colectividades fueron incorporados a los discursos históricos y con ello, se inició un proceso de distanciamiento de las temáticas políticas, militares, bélicas y diplomáticas. La historia social²² nace del cuestionamiento a las formas tradicionales de reconstruir el pasado y del reconocimiento de las “limitaciones” de los historiadores “para comprender los complejos procesos que estaban transformando las estructuras sociales y económicas mundiales (del período de la postguerra)”²³

La historia social ha tenido distintos significados a lo largo de su formación y desarrollo: a) la historia de los pobres o de las clases bajas, la historia de los movimientos sociales -historia de la clase obrera, de las ideas socialistas y de sus organizaciones-; b) la historia del conjunto de las actividades sociales / humanas-maneras, costumbres, ocio y vida cotidiana-. Este tipo de historia no se orienta al estudio de las clases bajas y c) la fundición de lo social con el tema económico para formar un campo especializado separado de la historia general.²⁴

El presente ensayo versa fundamentalmente sobre el primer significado y en algunos casos, se referirá al segundo. La historia social plantea la necesidad de reconstruir el pasado a partir del planteamiento de problemas, lo anterior supone trascender el acontecimiento. Bajo esta concepción se materializa la pretensión de estudiar la dinámica de las sociedades desde la comprensión de sus procesos sociales, económicos y culturales. Es decir, además de los espacios geográficos, la dinámica económica, los estudiosos del pasado procuraron adentrarse en los elementos invisibles que definían el comportamiento de los hombres, entiéndase por tales, los pensamientos, las ideas, los sentimientos, las motivaciones, las emociones en la perspectiva de la larga duración.²⁵

Sin duda, la Escuela de los Annales fue la precursora del estudio de las sociedades en contraposición a los modelos tradicionales, conocidos dentro de la historiografía como “*historia historizante*”: “la aportación esencial de los Annales consiste en alinear a la historia entre las ciencias sociales, en hacer de ella una sociología del pasado. Al superar el documento, material preferido de los historicistas, el historiador debe explotar todo signo o huella de la actividad humana, debe acoger los resultados y métodos de las otras ciencias sociales, aunque insertando los trabajos parciales en un contexto social global (...) (de este modo), la historia se convierte, al fin, en una ciencia asimilable a todas las demás: la ciencia de las sociedades humanas del pasado”²⁶. Hoy, la historia social se ocupa de estudiar el comportamiento de las masas y las colectividades desde distintos ángulos, la cultura popular, la cohesión social, las identidades y la memoria

colectiva, etc²⁷. A este respecto, Peter Burke afirmó en una oportunidad lo siguiente: “la historia externa es muy simple de contar, tal vez la historia interna menos”²⁸.

La denominada historia desde abajo constituye un claro intento por comprender el pasado a la luz de nuevos actores históricos y problemáticas diversas.²⁹ Los espacios propios de las masas/ las colectividades no son los palacios, los congresos, el universo de la política exterior, es por ello, que los historiadores se encuentran ante la dificultad de hallar y abordar fuentes cuya interpretación trascienda la siempre perniciosa exaltación de los grandes personajes de la historia. Jim Sharpe afirma que en alguna medida pueden ser considerados objetos de estudio de la historia desde abajo los miembros de las clases trabajadoras, los movimientos de la clase obrera y su ideología, las instituciones trabajadoras, los líderes de la clase obrera, etc. No obstante, reconoce que en esta definición no hay lugar para quienes no participaron en los movimientos obreros de la segunda mitad del siglo XX y menos aún, para aquellos que vivieron mucho tiempo atrás y que por ende, fueron testigos y partícipes de procesos históricos distintos a los experimentados por la Europa de la postguerra.

De igual forma, Sharpe advierte que no sólo desde el marxismo se puede constituir una historia desde abajo: no todos los hombres que permanecieron ajenos al ejercicio del poder integraron las clases obreras. Existe un sin fin de sujetos anónimos que reclaman el registro de su historia. Atender este “reclamo” supone ir más allá de la esfera de los movimientos obreros. Según Sharpe, la *historia desde abajo* tiene entre otras funciones, la de contribuir a formar identidades susceptibles de comprensión desde el estudio de las ideas y los pensamientos de los actores históricos en sus circunstancias particulares. Cada sector de la sociedad, simplificando, las masas y los miembros de las clases dominantes, se identifica con sus iguales y se diferencia de los “otros” asumiendo valores e ideas. El contenido de estas expresiones culturales permite al estudioso identificar que piensan los hombres de sí mismos en tanto grupo y de los demás como distintos a él, pero con los cuales comparte de uno u otro modo su existencia. Los que están abajo también tienen un pasado sobre el cual el historiador tiene que dar cuenta: “nuestra identidad no ha sido formada simplemente por monarcas, primeros ministros y generales”³⁰.

La reconstrucción del pasado desde el estudio de los hombres corrientes, de alguna manera, ha proporcionado una identidad y un sentido de pertenencia a los miembros de los grupos no dominantes, cuya historia no estaba escrita. Este hecho, en algunos casos, ha teñido a las reconstrucciones históricas de matices ideológicos. Uno de los rasgos definidores de la *historia desde abajo* es la incorporación de los miembros de los grupos no dominantes a la explicación de la formación, desarrollo o transformación de los procesos históricos (distanciados del escenario político). No obstante, es preciso advertir que la exclusión de los sujetos de las clases dominantes conduce a la misma omisión practicada por los cultivadores de la historia tradicional. Por lo tanto, el problema sigue siendo el mismo, sólo se han modificado los sujetos de exclusión. El asunto no es sustituir a unos actores históricos por otros, si es así, los historiadores contemporáneos estarían incurriendo en los mismos “errores” que fueron atribuidos a los historiadores tradicionales. La *historia desde abajo* debe incluir a la totalidad de los actores históricos. Lo que aportaría la *historia desde abajo* son distintas perspectivas de

reconstrucción de la realidad histórica, gracias a la incorporación de nuevos escenarios que pueden ser denominados bajo la categoría de cotidianidad, es decir, los espacios que rutinariamente los hombres transitan y que precisamente por su recurrencia definen el movimiento y el contenido de la realidad histórica, evitando así, la perniciosa distinción entre individuos o grupos “relevantes” o “insignificantes” según el caso.

Plantearse escribir la *historia desde abajo*, implicó pasarse por problemas, motivaciones y tramas ajenas al escenario político. En sus inicios, la historia desde abajo se inclinó por los enfoques socialistas y marxistas que privilegiaban el estudio de la clase obrera, de sus movimientos e instituciones. Hoy, la historia desde abajo se ocupa también del estudio de la cultura popular y con ello, se materializa un fenómeno que ha sido denominado por Julián Casanova como la “democratización de los sujetos de la historia”³¹ El impacto de esta democratización se traduce en la ampliación de los escenarios de reconstrucción del pasado. Hay que distinguir entre la elaboración de una historia social desde el estudio de los hombres corrientes y una historia de la sociedad como totalidad integrada por múltiples elementos y actores históricos³² A este respecto, es fundamental definir los elementos a partir de los cuales se caracteriza el comportamiento de una sociedad sin excluir a las clases dominantes y a los dominados. Ambos, integran la sociedad sin orden de importancia.

La comprensión de la vida humana en sus diversas y múltiples expresiones en un tiempo y espacio definidos es la tarea fundamental de los historiadores. Comprender es mucho más que dar razones que justifiquen el estado de las cosas analizadas, comprender es penetrar en la conciencia y en los sentires de ese otro que se expresa de modo distinto a quien conoce. En algún sentido, la historia es la suma y algo más de los miembros de los grupos dominantes y los dominados. Sin duda, la *historia desde abajo* constituyó una respuesta al panorama general que Europa y el resto del mundo heredó de los conflictos bélicos de mayor importancia en el siglo XX, la Primera y la Segunda Guerra Mundial, habría que evaluar si lo hizo cabalmente o por el contrario, constituyó una respuesta provisional que hoy podría resultar anacrónica. Asumir que los hombres corrientes son distintos a los hombres de las clases dominantes es uno de los peligros a los que puede conducir asumir acríticamente los postulados más ortodoxos de la historia social.

III. La historia desde abajo: algunas consideraciones metodológicas

El surgimiento de la *historia desde abajo* trae consigo la revisión de los postulados teóricos de la disciplina histórica y por ende, el replanteamiento de su metodología: el estudio de las masas y de las colectividades suponía para el historiador trasladar su mirada a contenidos no políticos de la realidad histórica. El problema fundamental consistía en hallar fuentes cónsonas para ello -o en todo caso, releer las ya conocidas con ojos renovados-. Es conveniente recalcar que aún en la segunda mitad del siglo XX persistía en muchos historiadores la veneración hacia el documento escrito y más aún, hacia los documentos oficiales. La dificultad a encarar era hallar registros, huellas, testimonios de esas vidas que hasta entonces habían sido consideradas como insignificantes y de poca relevancia para explicar los procesos históricos. A este respecto, Jim Sharpe sostiene que tanto más atrás se remontan los historiadores en la

reconstrucción de la experiencia de las clases bajas, tanto más se reducirá el ámbito de las fuentes disponibles.³³

El abordaje de la *historia desde abajo* implicaba una relectura de las fuentes conocidas, lo cual significaba poner en entredicho interpretaciones que favorecieran las versiones de la historia oficial, en este caso, las que interesaban difundir los miembros de los sectores dominantes. Los historiadores se esforzaron por descubrir en los silencios y en las ausencias, indicios, pistas y rasgos de las sociedades de cada uno de los sectores sociales “corrientes”. En tal sentido, son ilustrativas las reflexiones de Sharpe: utilizar la información de las fuentes que no fueron diseñadas con la intención de dar cuenta sobre el área de estudio abordada por el historiador puede resultar revelador de las diversas lecturas que el estudioso puede ensayar en torno a una misma fuente.³⁴

La reconstrucción del pasado exige en muchos casos, ser creativos -no con la finalidad de inventar realidades, sino con el objeto de explorar nuevos itinerarios de búsqueda e interpretación de las fuentes-. Desde el cultivo de este espíritu, las fuentes orales han ganado espacios significativos en la disciplina histórica³⁵. A este tipo de fuentes se le suele atribuir extraordinarias cualidades para el estudio de la historia contemporánea. No obstante, la utilización excesiva de estas fuentes puede condenar al historiador a no ir más allá de la recopilación de anécdotas. Las anécdotas no son perniciosas como formas de conocimiento, sino sólo cuando pretenden ser utilizadas como argumentos generalizadores. Asimismo, las fuentes oficiales -naturales testimonios de las acciones de los Estados y de los personajes más “relevantes” de la historia- pueden ser fuentes de información privilegiadas, si el estudioso presta especial atención a las omisiones que intentan borrar hechos o actores históricos.³⁶

La circunstancia de que los hombres corrientes no tuvieran “historia registrada” oficialmente no supone que los accesos a sus huellas sean intransitables: es preciso leer e interpretar la información conocida con preguntas renovadas y modificar los itinerarios de búsqueda de ese pasado escondido, olvidado. Una de las dificultades que enfrenta cualquier historiador, independientemente de la perspectiva de reconstrucción que decida cultivar, es ir del conocimiento de las individualidades o acontecimientos particulares a la generalización. En el caso de la *historia desde abajo* -en su acepción de “estudio de las masas o grupos dominados”- el problema que corresponde plantearse es cómo abordar la heterogeneidad que define a las colectividades que integran las sociedades. Una salida a este “problema” ha sido situar los acontecimientos y las individualidades en su circunstancia cultural, de este modo, se asume que los hombres que pertenecen a una determinada sociedad comparten valores, costumbres y rasgos que le conceden identidad colectiva.³⁷

El estudio de los hombres corrientes y de cualquier otra perspectiva de reconstrucción no tiene porque separarse radicalmente del estudio de acontecimientos particulares. Tal como lo formulara G. Duby en su obra “*La historia continua*”: el acontecimiento puede ser el principio de la comprensión de un universo más amplio y rico: “el acontecimiento estalla, su choque repercute en lo más profundo y podemos esperar ver cómo remontan, emergiendo de la penumbra donde se sumergen normalmente, gran cantidad de fenómenos de los cuales, en el transcurso de nuestra vida, no hablamos en voz alta”,³⁸

El acontecimiento expresa el contenido breve de la vida humana, ese que los hombres repiten sin percatarse y que precisamente por ello, constituyen una fuente de información de extraordinario valor. La especialización y paralelamente, la interdisciplinariedad han ido de la mano con el desarrollo de la *historia desde abajo* y por tal motivo, el historiador ““tiene que estar al tanto de lo que se está haciendo en otras disciplinas afines, tanto en la sociología como en la antropología cultural y otras más”³⁹. En aras de restringir los espacios de la investigación e incrementar los grados de especialización han surgido perspectivas de reconstrucción histórica tales como la historia regional y local⁴⁰ que han contribuido a incorporar nuevos sujetos a la historia, utilizando los testimonios orales como fuentes privilegiadas. No obstante, a este género historiográfico siempre lo acecha el peligro de verse burlado por las traviesas inconsistencias de la memoria humana, frecuentemente selectiva e imaginativa.

La *historia desde abajo* nació en contraposición a la historia política, individualizadora y narrativa.⁴¹ No obstante, el rechazo a la historia política y a sus protagonistas puede transformarse en una nueva ortodoxia que lejos de redimensionar las reconstrucciones históricas, las convierta en instrumentos de exclusión. El surgimiento de la historia social y con ella, de la *historia desde abajo* contribuyó a la revisión de la noción de verdad. Pero además, evidenció que los objetos de estudio de la disciplina histórica están estrechamente vinculados con las preocupaciones del historiador y también, con las inquietudes de los propios actores históricos. No obstante, es el historiador quien tiene la potestad de darse permiso para escuchar los múltiples coros que convergen en las sociedades humanas y transmitir este conocimiento.

Bibliografía

- BAUER, W. (1957). *Introducción al estudio de la historia*. Barcelona: Bosch Casa Editorial.
- BLOCH, M. (1952). *Introducción a la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- BLOCH, M. (1999). *Historia e historiadores*. Madrid: Akal.
- BRAUDEL, F. (1970). *La historia y las ciencias sociales*. Madrid: Alianza.
- BURKE, P. (1991). *Formas de hacer historia*. Madrid: Alianza Editorial.
- BURKE, P. (1990). *La revolución historiográfica francesa. La Escuela de los Annales: 1929 – 1989*. Barcelona: Editorial Gedisa.
- CASANOVA, J. (1991). *La historia social y los historiadores*. Barcelona: Editorial Crítica.
- COLLINGWOOD, R. (1974). *Idea de la historia*. México: Fondo de Cultura Económica.
- DUBY, G. (1993). *La historia continúa*. Barcelona: Editorial Debate.
- FONTANA, J. (2002). *La historia de los hombres: el siglo XX*. Barcelona: Crítica.
- MARROU, H. (1968). *El conocimiento histórico*. Barcelona: Editorial Labor.
- MORNER, M. (1979) *Historia social latinoamericana (Nuevos Enfoques)*. Caracas: Universidad Católica Andrés Bello.
- ORTEGA Y GASSET, J. (1983). *La rebelión de las masas*. Barcelona: Ediciones Orbis, S.A.
- POPPER, K. (1987). *La miseria del historicismo*. Madrid: Alianza Editorial.
- POPPER, K. (1991). *La sociedad abierta y sus enemigos*. Barcelona: Paidós Básica, (T.I).
- SANZ, V. (1993). *La historiografía en sus textos S. XV – XIX*. Caracas: Fondo Editorial de Humanidades y Educación. Universidad Central de Venezuela.
- LAWRENCE, S. (1986). *El pasado y el presente*. México: Fondo de Cultura Española.

Fuentes Hemerográficas

- AVIS, N. Z. (1991). Las formas de historia social. *Historia Social*. N° 10, s/p.
- FASER, D. (1993). Historia oral, historia social. *Historia Social*. N° 17. s/p.
- HOBBSAWN, E. (1991). De la historia social a la historia de la sociedad. *Historia Social*. N° 10, s/p.
- MATEOS, A. (1998 - 2000). Historia, memoria, historia del presente. *Hispania Nova*. N° 1, s/p.
- JIMENEZ, I. (2000). De la historia local a la historia regional. Algunas notas metodológicas. *Cuadernos Digitales. Publicación electrónica en historia, archivística y estudios sociales*. Universidad de Costa Rica. (N° 3). Septiembre, s/p.
- R. SAMUEL y OTROS. (1991). ¿Qué es la historia social?. *Historia Social*. N° 10, s/p.

Artículos consultados en Internet.

- Rivera Espinosa, Ramón. “Historia social y cultural local”. En: <http://www.tuobra.unam.mx/publicadas/031013160910.html>. Consultado el 03.05.2006
- Entrevista a Peter Burke. En: clio.rediris.es/entrevistas/peter_burke.htm - 47k Consultado el 15.11.2005.

Portales consultados:

- hispanianova.rediris.es/general/enlaces/hn0708.htm. Consultado el 22.04.2006.

Notas bibliohemerográficas

¹ Ortega y Gasset, 1983, p. 40.

² Italia, Rumania, Bulgaria, Yugoslavia, entre otras.

³ Ortega y Gasset, 1983, p. 9.

⁴ Casanova, 1991, p. 18.

⁵ Fontana, 2002, p. 11.

⁶ Ortega y Gasset, 1983, p. 15.

⁷ Casanova, 1991, p. 15.

⁸ Burke, 1990, pp. 18 – 19.

⁹ Fontana, 2002, p. 9.

¹⁰ Casanova, 1990, p. 15.

¹¹ Fontana, 2002, p. 21.

¹² Ortega y Gasset, 1983, p. 39. Ortega y Gasset realiza las siguientes consideraciones para referirse al concepto de masas/ colectividades: a) el significado de la categoría masa no es únicamente político, abarca la vida pública en sus diversas esferas, intelectual, moral, económica y religiosa; b) comprende los usos colectivos, los modos de vestir, y de disfrutar la vida; c) la masa como concepto incluye la noción de aglomeración. En Europa, las masas han comenzado a aparecer en los lugares destinados al disfrute de los grupos minoritarios; c) los individuos que integran las muchedumbres europeas preexistían pero no como muchedumbre, eran hombres disociados, distanciados, ocupando múltiples espacios; d) los miembros de las muchedumbres se han ido apropiando de los espacios que antes estaban reservados a las minorías: ya no hay protagonistas, sólo hay coro; e) el concepto de muchedumbre es cuantitativo y visual, en tal sentido, la sociedad es siempre una unidad dinámica de dos factores: minorías (individuo o grupos de individuos especialmente cualificados) y masas (conjuntos de personas no especialmente cualificadas); e) la masa es el ‘hombre medio’, no únicamente los miembros de la clase obrera; f) la muchedumbre es la cualidad común, es el hombre en cuanto no se diferencia de otros hombres, sino que repite en sí mismo un tipo genérico; g) la formación de la muchedumbre implica la coincidencia de deseos, de ideas, de modo de ser en los individuos que la integran: es lo que acontece con todo grupo social por selecto que pueda ser; h) la masa puede definirse como hecho psicológico, sin necesidad de que aparezcan individuos en aglomeración; i) masa es todo aquel que no se valora a sí mismo (individualmente), sino que requiere de la presencia de otros hombres para identificarse con estos y con ello, sentirse como “todo el mundo”, es decir idéntico a los demás. Ortega y Gasset, 1983, pp. 39 – 42.

¹³ Fontana, 2002, p. 24.

¹⁴ Algunos de los rasgos del positivismo en la tradición historiográfica son los siguientes: a) reclama la creación de una ciencia histórica nueva que utilice métodos similares a los empleados por las ciencias naturales; b) trata fehacientemente de comprobar los hechos históricos y descubrir la conexión existente entre ellos, con el objeto de descubrir y formular las leyes que lo rigen; c) postula la fidelidad total del contenido de las fuentes históricas y d) rechaza la idea de que la historia se desarrolla impulsada por fuerzas suprahistóricas. Sanz, 1993, pp. 229 – 285.

¹⁵ Marrou, 1968, p. 83.

¹⁶ Bauer, 1957, p. 44. “La ciencia tiende (...) a la simplificación de su conceptualización, subordinando los hechos particulares, bajo grandes conceptos generales, en tanto que la Historia se detiene (...) en la multiplicidad de los fenómenos, y considera especialmente su individualidad y su irreiterabilidad, el hecho de que se den una vez y no vuelva a darse. La ciencia natural alcanza su más alta finalidad si logra encerrar en fórmulas, las relaciones fijas que existen entre los elementos de la realidad; atomiza en primer lugar, el mundo, y luego lo reduce a un esquema (ley) matemático, dominado por la necesidad. Bauer, 1957, p. 44.

¹⁷ Bauer, 1957, p. 45.

¹⁸ El visible progreso material, resultante del desarrollo de los conocimientos científicos, y el progreso político consiguiente, supeditado a la acción de los gobiernos al principio basados en

el bienestar de los súbditos, junto con un creciente sentimiento humanitario, que columbraba la extensión de la felicidad a una masa mayor de individuos, mediante la disminución de la pena del trabajo físico, se tradujeron necesariamente en la historiografía, aunque más en el terreno filosófico que en el de la historia misma. En Sanz, 1993, p. 186.

¹⁹ Casanova, 1991, p. 19.

²⁰ Para ahondar en la definición de la historia social se recomienda la consulta de los siguientes artículos: R. SAMUEL y otros. (1991). ¿Qué es la historia social?. *Historia Social*, N° 10; Davis, N. (1991). Las formas de historia social. *Historia Social*, N° 10.

²¹ SHARPE, J. (1991). Historia desde abajo. p. 56 En: P. Burke, *Formas de hacer historia*. (38 – 58). Madrid: Alianza Editorial.

²² La historia social se desarrolló fundamentalmente en Francia (Escuela de los Annales), y luego, se extendió a otras latitudes, Estados Unidos (Historiadores Sociales Norteamericanos), Gran Bretaña (Marxismo Británico) y Alemania durante el período de la postguerra.

²³ Casanova, 1991, p. 34.

²⁴ Casanova, 1991, p. 31. Casanova considera que hasta después de 1945 ninguna de estas tres versiones de historia social produjo un campo de especialización académica.

²⁵ El espíritu de renovación de la historia de la segunda mitad del siglo XX tenía como reflexión constante la siguiente: “La historia (...) debería ser más comprensiva en su campo de acción, incluyendo diversos aspectos de la vida económica, social y cultural. Por consiguiente, la narración pura, centrada en los acontecimientos vividos por las élites, era insuficiente y debía ser completada por el análisis de las estructuras sociales en que esos acontecimientos ocurrían y esas personalidades ejercían el poder”. Casanova, 1991, p. 22.

²⁶ Casanova, 1991, p. 27.

²⁷ Para ampliar el tema puede leerse: MATEOS, A. (1998 – 2000). Historia, memoria, historia del presente. *Hispania Nova*, N° 1, s/p.

²⁸ Entrevista a Peter Burke. En: clio.rediris.es/entrevistas/peter_burke.htm - 47k. Consultado el 15.11.2005.

²⁹ Entre los precursores de la historia desde abajo se encuentran los siguientes: THOMPSON, E. (1966) La historia desde abajo y LE ROY LAUDURIE, E. (1975). Montaillou. Thompson ...”no sólo discernía el problema general de la reconstrucción de la experiencia de un conjunto de personas “corrientes”, sino que, además, comprendía la necesidad de intentar entender a esta gente en el pasado, en la medida en que el historiador moderno es capaz de llevar a cabo tal experiencia a la luz de la suya propia y de sus reacciones personales”. SHARPE, J. (1991). Historia desde abajo. p. 40. En: P. Burke, *Formas de hacer historia*. (38 – 58). Madrid: Alianza Editorial.

³⁰ SHARPE, J. (1991). Historia desde abajo. p. 56. En: P. Burke, *Formas de hacer historia*. (38 – 58). Madrid: Alianza Editorial.

³¹ Casanova, (1991), p. 40.

³² Para ampliar el tema puede leerse el siguiente artículo: HOBBSAWN, E. (1991). De la historia social a la historia de la sociedad. *Historia Social*. N° 10, s/p.

³³ SHARPE, J. (1991). Historia desde abajo. p. 41. En: P. Burke, *Formas de hacer historia*. (38 – 58). Madrid: Alianza Editorial.

³⁴ SHARPE, J. (1991). Historia desde abajo. p. 41. En: P. Burke, *Formas de hacer historia*. (38 – 58). Madrid: Alianza Editorial.

³⁵ Para ahondar en el tema: Ver el artículo de FRASER, F. (1993). Historia oral, historia social. *Historia Social*. N° 17, s/p.

³⁶ SHARPE, J. (1991). Historia desde abajo. p. 41. En: P. Burke, *Formas de hacer historia*. (38 – 58). Madrid: Alianza Editorial.

³⁷ SHARPE, J. (1991). Historia desde abajo. p. 55. En: P. Burke, *Formas de hacer historia*. (38 – 58). Madrid: Alianza Editorial.

³⁸ DUBY, 1993, p. 125.

³⁹ MORNER, 1979, p. 423.

⁴⁰ Algunas consideraciones de orden metodológico en torno a la elaboración de la historia regional y local pueden hallarse en el artículo (versión electrónica) de MOLINA, I. (2006). De la historia local a la historia social. Algunas notas metodológicas. *Cuadernos Digitales*. Publicación electrónica de la Universidad de Costa Rica. En: seneca.uab.es/historia/hn0708.htm-62k.

⁴¹ Sobre el tema es pertinente revisar los planteamientos de Lawrence, Stone, quien en cierto modo reivindica la narrativa en la elaboración del discurso histórico. No sin advertir la necesidad de no descuidar la argumentación de este. LAWRENCE, S. (1986). *El pasado y el presente*. México: Fondo de Cultura Española.